

www.elboomeran.com

Wolfgang Hermann
DESPEDIDA QUE NO CESA

TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2016
TÍTULO ORIGINAL: *Abschied ohne Ende*

© Langen Müller. F. A. Herbig Verlagsbuchhandlung GmbH
(este libro fue negociado a través de la agencia literaria Ute Körner)
© de la traducción, Richard Gross, 2016
© de esta edición, Editorial Periférica, 2016
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-38-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-311-2016
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para Florian

*Toda manifestación del ser
es combustible para el fuego de la conciencia
y se apacigua extinguiéndose
en la luz del discernimiento verdadero.*

NAGARJUNA

El jardín despedía una luz singular, como si cada hoja brillara desde dentro. En los arbustos y las copas de los árboles se abrían espacios, ocultos a lo largo del verano. Sobre el paisaje se extendía una lentitud, una vacilación, como si la vida toda fuera consciente de su debilidad. Una vez rota, la luz del verano no volvía. Ascendía, se elevaba, relumbra-
ba una vez más con toda la fuerza venida como de los confines boreales, para luego replegarse de la tierra y ceder su lugar a la grisalla de noviembre. Bajo la luz de noviembre las cosas se opacaban, perdían su perfil, se preparaban para un largo exilio interior que vivía, durante un tiempo, desde el recuerdo de la luz del verano.

Las personas tenían un paso distinto, de algún modo más sabedor, más cauto. Como si sus cuerpos supieran más que ellos.

La luz menguante también hacía que la vida en mis adentros se volviera más silenciosa. En las primeras semanas, antes de habituarme a la llegada del invierno, me embargaba la desorientación; no sabía a qué apelar ni qué hacer para no perder de vista mi propio yo. Por otra parte, con la gris negrura de noviembre renacía en mí algo de aquel placer de la niñez experimentado en los tempranos anochece- res de invierno.

Así sucedía antes de que muriera el tiempo. Suc- edía como la caída de una hoja, sólo que ni la hoja ni el vacío en que caía tenían existencia.

Lo que se marchitaba dentro de mí era mi vida. Desde la muerte de Fabius no había respirado hon- do una sola vez. Los días eran días sin luz, aunque en alguna parte, allá fuera, luciese el sol. Lucía, pero estaba engullido por la tierra.

La vida es como un fluido. Sin esperanza, se corta y pierde toda luz.

Comenzó a envolverme una gran oscuridad. Tenía una arcaica certeza de que mi vida se había acabado, dijera yo lo que dijese para anular esa conciencia.

Procuraba pensar en algo que no fuera la oscu- ridad. En las alegrías de la vida. ¿Cuáles eran las alegrías de la vida? ¿Y de qué vida?

No sabíamos qué significaba que un ser joven, un amor joven, una joven esperanza, tuviese que morir. No sospechábamos el cráter que abría una muerte de esta índole.

La vida es un fluido. Hay que sostenerlo en equilibrio porque, al derramarlo, se escurre y desaparece.

Sucedió en el último invierno. No había realidad alrededor, yo era un esqueleto vacío atravesado por el viento silbante. Alguien me ponía la comida y me mantenía lejos del teléfono.

Oí telefonar a alguien. Los intervalos entre las frases se dilataban. Alguien tenía que ocuparse de los preparativos del entierro.

En toda la casa ardían velas. Los espejos se hallaban tapados. Me habría sido imposible soportar mi imagen. No, no habría comprendido que yo era yo. Anna estaba sentada a mi lado, mirábamos fijos la llama, de la que veía surgir la cara de Fabius. Se elevaba ante mí, planeaba alrededor de mí como una nube, no: como una vibración. Tal vez él no sabía que estaba muerto, todo había ido demasiado rápido, sin palabras, de forma inopinada. Era tan joven, ¿cómo iba a saberlo?